

Almanaque

Ángel González

Febrebro

Ayer fue el día primero
de febrero.

Hoy es el día dos.

Dentro de veintiseis febrero dirá adiós.

Febrero es un mes de corta trayectoria,
mas su breve andadura es muy contradictoria.

Tiene fama de loco,

y con razón,

porque cambia de humor a cada poco.

Tan pronto está gruñón

como sonrío.

No hay quien se fíe

de ese mes que un buen día nos acaricia

con la suave delicia

de sus dedos de sol,

y acto seguido,

sin decir agua va ni tan siquiera,

nos vuelca encima un jarro de agua fría

seguido de violenta ventolera

que arrebatara el paraguas de las manos

de los atribulados ciudadanos,

y manda los sombreros a volar:

avieso chaparrón, viento polar.

Acaso porque intuye que no puede
controlar su carácter irascible,
febrero
–que a pesar de sus prontos tiene buen corazón–
se decide a marchar lo antes posible
para darle al mes marzo la ocasión
de cumplir la ilusión
que anticipadamente la sangre nos altera.
Porque todos sabemos
que al final de febrero ya está la primavera
en la sala de espera
de la próxima estación.

Tormenta del mes de mayo

El cielo de algodón abrió sus brazos
y dejó caer hielo hecho pedazos.

Granizo.
Dios te hizo en bloque y luego te deshizo.

Parece que una guerra ha comenzado:
proyectiles de hielo hacen blanco en el prado.

Ataca la celeste artillería.
Estalla un trueno allá en la lejanía.

Fuego cruzado. Al estampido seco
responde rápido y certero el eco.

Los ángeles se pierden por las lomas
disfrazados de pálidas palomas.

huyendo como Dios les da a entender
–con muy malos modales–
del hielo que no deja de caer
sobre sus blancas plumas celestiales.

El Todopoderoso no se atreve
a resolver tanta dureza en nieve,

y con su mano artrítica de abuelo
dibuja un arco iris en el cielo.

Ha salido redonda
la acuerela divina.
¡Qué belleza! En la fronda
el ruiseñor está que trina.

No lo puede creer.
Ahora que brilla el sol ha empezado a llover.

Y con florida y lírica oratoria
eleva al cielo esta jaculatoria:
Vacilante Señor de las Alturas:
cuando vas a dejar de hacer locuras?

Pero el cielo no cambia de actitud:
es a partes iguales agua y luz.

Para acabar con tanta indecisión,
los pajaritos cantan,
las nubes se levantan
y dan por terminada la función.

Sirenas en el mes de junio

En un aacantilado solitario,
una noche de junio,
a la difusa luz del plenilunio,
presencí un episodio extraordinario.
A mi vera,
dos sirenas de cuerpo adolescente
y larga cabellera
urgieron de las aguas de repente
y empezaron a hablar de esta manera:

—Ola, ola, ola, ola.
—¿Qué ola tienes tú?
—Tres delfines y mero.
—Vas atrasada un barbo y siete ostras.
—¿Tienes alga que hacer?
—No tengo nalga pero traigo cola.
—Podríamos acercarnos
de aquel barco velero hasta la popa
y cantar a dos voces las canciones
que a las tripulaciones vuelven locas.
—Es divertido ver a los marinos
arrojándose al agua por la borda,
pero ahora estoy citada
con un tritón barbado que me ronda.
—Entonces, nada, nada, nada.
Volveré a verte dentro de una ola.
—Si no voy, te dejaré un mensaje en una caracola.
—¿Y qué más? —Sólo sal.
—Y tú sal sola.
—Ola, ola y adiós.
—Adiós y ola, ola, ola.

Así se despidieron, y nadando
no sé hacia qué marítimos confines
se fueron las sirenas alejando
escortadas por ágiles delfines.
Yo me quedé pensando:
si les hubiese dado por cantar
habría tenido que tirarme al mar.

Setiembre

Qué pronto,
todavía en verano,
un otoño impensable
instala en el paisaje sus cuarteles de invierno.
Tocan a retirada,
los verdes se repliegan,
abandonan el campo hacia los ríos
donde los juncos los acogen
y en ellos permanecen
hasta que al fin los coman
los bueyes perezosos de noviembre.

Pero aún falta algún tiempo para eso.

Entretanto,
estamos en setiembre todavía
y los campos
se vuelven amarillos día a día.

Era algo evidente.
Los grillos lo cantaban a finales de mes:

*Al fin llegó el otoño
ah! donde lo ves:
en los olmos, los robles, los castaños
que ponen, generosos,
el oro de sus hojas a tus piés.*

Octubre

Travestido de marzo, octubre vuela
sin saber dónde al fin ha de posarse.

El color amarillo lo confunde:

¿fue verde o será verde?

No lo sabe.

Lo ignora casi todo:

qué mes es,

la estación en que vive,

si debe marchitarse o florecer.

En la duda se anduvo por las ramas

y las dejó cuajadas de manzanas.

Y sin saber qué hacer,

por inconsciencia pura,

hizo un día de verano. ¡Qué locura!

Como si fuese agosto de verdad,

se quedó despoblada la ciudad.

Los trenes se llenaron de viajeros,

las carreteras de automovilistas,

los ríos de remeros,

las playas de bañistas.

En el centro de tanta confusión,

yo escuché a dos vecinas

de balcón a balcón

preguntarse con algo de aprensión:

¿volverán las oscuras golondrinas?

Cuando vio todo el lío que había organizado,
octubre quedó helado.

La gente no esperaba días tan crudos,

y reaccionó con salvas de estornudos:

estruendoso abucheo general

a un mes que empezó bien y acabó mal.

Avergonzado por su aturdimiento

y presa de sincero desconsuelo,

octubre el inconsciente

enrojeció del lado del poniente

y aprovechó un ráfaga de viento

para irse igual que vino: en un vuelo.

Noviembre

Ahora sí el amarillo es prepotente:
se ha subido a la parra
—ya toda la arboleda en general—
y desde allí proclama: «todo es mío»,
con acento triunfal.

«Eso te crees tú», dijo sombrío
un ciprés.
«No ha nacido el invierno
capaz de derrocar mi verde eterno.
Tú, amarillo hoy glorioso, caerás en la tierra
en cuanto sople el cierzo de la sierra,
en tanto que mi verde aún perdura
y perdurará siempre hacia la altura.
Tú eres lo que está y yo soy el que es».

Sentencioso y severo, aupado en la escalera
de sí mismo, eso dijo el ciprés
con su voz de fagot —viento y madera.

Mas un castaño de indias le salió respondón.
Habló de esta manera, prestémosle atención.

«Si he decirte mi verdad,
creo que es un poco tonto lo de la eternidad.
Tu verde será eterno, pero es muy aburrido,
pasar toda la vida con el mismo vestido.
como cualquier especie
que se aprecie,
yo tengo mi ropaje para cada estación
—glaucos en abril, esmeraldas en verano—,
y el de esta temporada es el que yo más amo:
me revisto de oro, y como el oro viejo
brillo en gamas que van del púrpura al bermejo,
aunque sea el amarillo
el color que me da más tono y brillo.

Y con otros colegas de mi mismo follaje
transfiguro el paisaje
en un alarde de policromía
que viene a ser como un final de fiesta,
un último homenaje
y despedida
a la vida que acepta, bien dispuesta,
que le ha llegado la hora del último viaje.
Yo levanto mi copa de oro por la vida
que se me está muriendo entre mis ramos,
y brindo mis colores
a los pintores que con piadosas manos
los depositan en sus bastidores,
donde perdurarán eternamente
para su gloria y la mía juntamente.
Mucha gloria me deben los pintores.

Y los viejos poetas decadentes también.
Qué sería sin mí de Paul Verlaine.

(¡Castaños de los parques de París!
Noviembre, aire frío, cielo gris.
Una hoja muerta cae de un árbol, lenta.
El poeta medita ante un vaso de absenta
y escribe su canción:
*Les sanglots longs
des violons
de l'automne...*

El castaño no pudo seguir,
emocionado, y se quedó un momento pensativo y callado.

A su lado,
indiferente, rígido y cenceño,
proseguía el ciprés su verde empeño
hacia los altos cielos orientado:
enhiesto surtidor de sombra y sueño ©